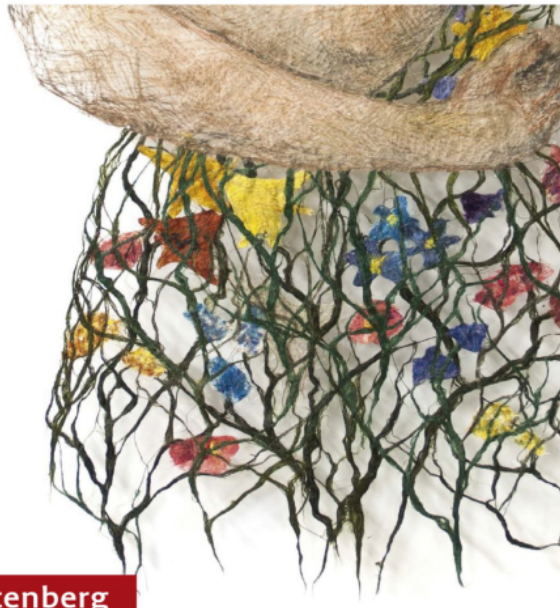
Thora Hjörleifsdottir

Magma

Traducción del islandés de Elías Portela



Galaxia Gutenberg

MAGMA

THORA HJÖRLEIFSDOTTIR

THORA HJÖRLEIFSDOTTIR

Magma

Traducción de
Elías Portela

Galaxia Gutenberg

© Gunnlod Jona

THORA HJÖRLEIFSDOTTIR

Nació en 1986. Tiene un máster en Escritura Creativa. *Magma* es su primera novela. Cuando se publicó por primera vez en Islandia, se disparó directamente al primer puesto de la lista de libros más vendidos y recibió excelentes críticas. La novela ha suscitado discusiones y debates entre todo tipo de personas y ha sido calificada de lectura obligada. Thora también es miembro del colectivo poético Impostor Poets, con el que ha publicado tres libros de poesía. Actualmente vive en Reikiavik.

A los veinte años, Lilja se enamora de un brillante y atractivo joven universitario que cita a Derrida y prepara comidas vegetarianas. Muy pronto se encuentra atrapada en una dinámica de manipulación y maltrato psicológico, y entra en una vorágine de degradación personal y obsesión por complacerlo -sexual, intelectual y culinariamente-, una deriva autodestructiva de la que es consciente pero ante la que, aislada y humillada, no consigue reaccionar.

En esta novela, de una honestidad desasosegante, la voz atormentada de Lilja describe, en breves escenas y con una prosa cruda y desnuda, el aislamiento extremo al que es capaz de llegar y la distorsión de la lógica interna cuando es sometida a un abuso despiadado. Fuera, en la sociedad, todo parece reforzar la idea enfermiza de que, en el fondo, está loca.

En su debut como novelista, la poeta islandesa Thora Hjörleifsdottir ha sacudido el panorama literario internacional con una obra provocativa e impactante que genera debate. Tras llegar a

los primeros puestos en las listas de los libros más vendidos en Islandia, *Magma* ha tenido una extraordinaria recepción en otros países, en especial en Estados Unidos, donde fue escogida como uno de los mejores libros traducidos al inglés por Oprah Winfrey.

ICELANDIC LITERATURE CENTER

La traducción de este libro ha recibido
una ayuda del Icelandic Literature Center

Título de la edición original: *Kvika*
Traducción del islandés: Elías Portela

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2023

© Þóra Hjörleifsdottir, 2019
Publicado según acuerdo con Forlagid Publishing, www.forlagid.is
© de la traducción: Elías Portela, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Imagen de portada:
Jardín interno, de Raija Jokinen, 2014
Fibra de lino, 95 × 38 cm
© Raija Jokinen

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-19738-36-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

El presente relato es una historia novelada con personajes ficticios y presenta una realidad que hasta hace bien poco las mujeres han mantenido callada.

En el silencio florecen la vergüenza y el aislamiento y si nadie rompe este secretismo, el cuento se repite una y otra vez.

Le dedico este libro a todas las personas que han contado su historia.

REIKIAVIK 2007

CLAMIDIA

No pensaba yo que la cosa iba a dar para tanto drama, no es como si fuese algo irremediable, (aquí) no se va a morir nadie. Tomamos la medicación y, en diez días, *finito*. Pero ahora él piensa que soy una fresca de campeonato. Que va a ser que sí lo soy, ya que ando por ahí contagiándoles enfermedades de transmisión sexual a los hombres. Pero no me parece justo que monte un drama. Él se comporta como si yo lo hubiese rechazado porque he estado con otros chicos. No estábamos juntos cuando me marché para Sudamérica, sólo habíamos tenido una cita y ni siquiera me había acostado con él. Andaba de viaje sola y aquel sexo de turisteo era una mezcla entre no tener nada mejor que hacer y tratar de llenar el vacío social. Por aquel entonces yo no tenía ni idea de que iba a pasar algo más entre nosotros dos y, lo que es más, me parecía bastante improbable, pero luego empecé a sentirme cada vez más atraída por él conforme avanzaba el viaje. Él me enviaba e-mails y siempre estaba dispuesto a chatear cuando yo iba a algún cibercafé, y se fue creando un vínculo. Cuando volví a casa, conectamos, me quedé pilladísima, es tan guapo e inteligente, no sé cuántos libros tiene, seguro que miles, y además también tiene una colección de DVD chulísima.

Está rayado con el asunto y no deja de preguntarme por esos chicos. En un primer momento no me sentía capaz de contárselo todo y sólo le hablé de uno, el noruego en Cuba, luego se le sumó un segundo, después, el tercero, el cuarto, el quinto, mierda, luego ya ni me acuerdo. Intenté explicarle que no es que yo tenga muy buena memoria pero él piensa que soy una mentirosa. Con lo bien que fluía nuestra relación y ahora ya no quiere empezar nada conmigo.

SOLTERONES I

Se ha mudado a un semisótano del Barrio Oeste con un amigo suyo que parece la triste encarnación del solterón. Este compañero de piso no sabe cuidar de sí mismo, debe de tener como treinta años pero no sabe ni lavar la ropa, deja la colada en la lavadora hasta que se seque. Las toallas están todas avinagradas y el tufo es todavía peor cuando te secas con ellas después de la ducha. El tipo tampoco sabe cocinar, en un día de los buenos puede llegar a hervir unas salchichas, pero parece vivir de hamburguesas de la tienda de la esquina, galletas de chocolate y Coca-Cola *light*. Está pirado por la Coca-Cola *light*, por la mañana, coge su bata azul marino zarrapastrosa y se pone a beber a morro de una botella de cola desbravada. Tienen el apartamento bastante guarro, lo cierto es que no me cabe en la cabeza cómo puede vivir con ese maromo, pero no está mal tener un lugar donde estar los dos juntos y tranquilos. Aunque no seamos pareja, estoy muy a menudo en su casa.

VEGETARIANOS

Me encanta que sea vegetariano como yo, de hecho, ninguno de mis amigos es vegetariano y las chicas siempre me lanzan alguna broma por el asunto. Nosotros dos, sin embargo, estamos juntos en esto del estilo de vida sin carne y aprendo cantidad de cosas, porque él es un *crack* preparando platos vegetarianos. Estoy comiendo mucho más variado, no sólo patatas fritas y emparedados de queso hechos en la sandwichera. Le parece un insulto ir de visita a casa de alguien y que le ofrezcan alguna bazofia carnívora. Además, todas sus novias siempre han sido vegetarianas, las chicas que comen carne le dan bastante asco.

LA EX I

Aún le guarda mucho cariño a su exnovia y son muy buenos amigos. Ella es muy mona y superinteligente. Se graduó *cum laude* en letras puras en el instituto de M. R., los dos saben latín y han leído un mar de libros, te sueltan una cita de Derrida como quien no quiere la cosa. Un día, él me había dicho de quedar en una cafetería y cuando llegué, estaba allí sentado con ella. A mí la situación me parecía muy humillante y sólo tenía ganas de largarme, dar la vuelta y desaparecer, pero ya me habían visto, por lo que me vi obligada a sentarme con ellos. Fue la peor sobremesa que he vivido en mi vida. Yo estaba muy estresada, sudada todo el tiempo y con un temblor extraño. Ellos parecían muy relajados y se veían mucho más inteligentes que yo. Charlaban sobre películas que yo no había visto y hablaban sin parar de cosas de las que yo no tenía ni la más remota idea. La Ex intentaba incluirme en la conversación y me explicó, entre otras cosas, lo que significa *strawberry milkshake*, que es cuando un hombre se corre en la cara de una mujer y le arrea al mismo tiempo un puñetazo que le deja la nariz sangrando. *Snowballing*, en cambio, es cuando un hombre se corre en la boca de una mujer y después ella se lo devuelve escupiéndoselo en la boca. Él ya me ha dicho muchas veces lo bien que se lo pasaba acostándose con ella y lo buena que era mamándosela. Yo soy bastante torpe, me dan arcadas.

LA BICI

Él me había pedido que saliese de copas aquella noche pero yo estaba en casa de mis padres en el suburbio de Grafarvogur y no me apetecía. No se lo dije así, le comenté simplemente que iba a quedarme con mi hermana pequeña, pero su voz sonaba rara y enfurruñada. Ya pasamos mucho tiempo juntos y es como si nos hubiésemos vuelto dependientes el uno del otro. Por la noche descubrí que ya no soy capaz de dormir sola, tenía frío y lo echaba de menos. Se me hacía imposible conciliar el sueño, me sentía disgustada y con un poco de remordimiento por preferir quedarme en casa y no salir con él, pero al mismo tiempo también me sentía culpable por lo poco que había quedado con mi familia en las últimas semanas. Por la noche estuve dando vueltas en la cama, intranquila y estresada. Tenía ganas de quedar con él, de ver cómo estaba, y como no conseguía dormir, cogí el coche de mi madre y fui hasta el Barrio Oeste. Iba a darle una sorpresa, deslizarme hasta su cama y despertar con él.

Nunca cierran la puerta con llave, así que entré sin más. En el vestíbulo estaban su calzado y un par de zapatos de tacón de Kron. Eran los zapatos de un pibón de infarto y yo sabía que no existía ni la más ínfima posibilidad de que su compañero de piso se hubiese traído a casa a una chica con unos zapatos tan chulos. La tipa debía de estar en la misma cama en la que yo tenía intención de colarme, por lo que no era necesario entrar en el dormitorio a comprobarlo. Yo ya lo sabía, sabía que yo no era suficiente. Había pensado en serio que íbamos a empezar una relación, soy una imbécil de mierda. Una cosa estaba clara: un clavo saca otro clavo.

Fui a hurtadillas hasta el baño, cogí mi cepillo de dientes y mis cosas de aseo. Él iba a despertarse con esa tipa nueva y sería como si yo nunca hubiese estado allí. Afuera en la calle estaba aparcada mi bicicleta. La llevé hasta el coche. Quería desaparecer de su vida con todos mis bártulos sin que él ni siquiera se diera cuenta. Mi bici era muy pesada y estuve un rato virándole el manillar para que cupiese en el maletero. Nunca había tenido músculo suficiente para levantar aquella bici yo sola, pero esa noche fui capaz de lanzarla y meterla a la fuerza en el coche de una sola tacada, seguro que fueron los

superpoderes de la adrenalina. Luego salí de allí en el coche, pero tuve que aparcar a unas manzanas de distancia, en Ægisíða, y me eché a llorar como una magdalena hasta que ya no me quedaban más lágrimas. Entonces volví a reunir fuerzas para continuar hasta Grafarvogur. En casa estaban todos durmiendo. Me deslicé hasta mi cuarto e hice como si nunca hubiese salido aquella noche.

No voy a hablar con él nunca más, ya lo tenía que tener yo bien aprendido, que nunca sería lo suficientemente buena para él. Si hubiese salido con él de bares aquella noche, aquello quizá no habría pasado. Apuesto a que la muchacha de los zapatos fabulosos también es vegetariana, no tengo ni ganas de saber quién es, fulana de mierda.

FUERZA DE VOLUNTAD I

Me llamó, me envió mensajes, pero yo era la mujer-teflón: todo me resbalaba.

FUERZA DE VOLUNTAD II

Durante más o menos un cuarto de hora.

FIESTA DE GRADUACIÓN

Me pidió que lo acompañase a la fiesta de graduación de su prima. Yo no cabía en mí de contenta. Eso seguro que significaba que pronto querría convertirse en mi novio. La gente no se lleva a la follamiga de turno a una fiesta de graduación.

Su primita, para sorpresa de todos, había terminado la secundaria. La madre había preparado el convite con un solo día de antelación. La celebración iba a ser en Selfoss, de donde era originaria toda su familia por parte materna. Mientras yo conducía atravesando el altiplano de Hellisheiði, él me comentaba que la recién graduada y todas sus primas por parte materna habían competido en Miss Islandia Sur, que aquello era casi un deporte familiar. Él también es muy guapo, pero no le gustan las mujeres artificiales que participan en esas ferias de ganado. Yo debo de ser la única chica que conoció la graduada que aún se deja pelo en el chichi.

Me sentía como un espantajo en aquel convite, no me presentó a nadie, pero él mismo tampoco habló con nadie. Se había llevado consigo un libro que se puso a leer en un cuarto mientras la madre y las tías me observaban de arriba abajo en el salón. Lo cierto es que él no soporta toda esa cháchara insulsa a la que se dedica la gente en las reuniones familiares, siempre lleva un libro para que su vida se enriquezca un poco con este tipo de celebraciones, hace mucho que se hartó de hablar del tiempo y de cómo le va con los estudios.

Su madre, al final, me presentó como «la amiga de mi hijo». Entonces se pronunció la abuela, que estaba al fondo de la sala, encajada en un sofá, sosteniendo un tenedorcito de postre en una mano y en la otra, un plato con una porción colosal de tarta con nata: «¿Sabías que tiene hijos?»

Las tías observaban atentas mi reacción. «Sí, ya lo sé», respondí educadamente.

La abuela continuó: «Me da a mí que no va a dejar la universidad nunca, siempre le gustó mucho leer.» Entonces se echó a reír, soltando una carcajada ronca desde el fondo de su butaca, al tiempo que sus hijas le traían más pastel.

HIJOS

Tiene muy poco contacto con sus hijos y yo nunca los he visto. A la niña la tuvo con una amiga del instituto cuando ambos tenían diecisiete años. Nunca fueron pareja y él tampoco estaba por la labor, le resultaba difícil estar bajo el techo de los padres de ella, que parecían odiarlo a él tanto como adoraban a su nietecita. Además, él era una gran promesa del fútbol y el verano en el que nació la niña estaba hasta arriba de competiciones, así que, en cierto modo, se perdió toda aquella historia. Luego también se encontró con un jaleo de mil demonios porque no lo registraron como padre al nacer la pequeña y cuando la madre de la criatura lo puso por fin en el libro de familia, le cobraron a él la manutención atrasada de medio año. Él dice que, de todos modos, no es mala chica, vive todavía en Selfoss y tiene marido y más hijos.

La madre de su otro hijo al parecer es una pirada de remate, no le permite ver al chiquillo que tuvieron juntos. Aún está resentida porque él le pidió que abortase cuando le contó que estaba preñada. Intentó ir a visitarla al nacer el niño, pero ella no hacía más que gritarle y no paraba de llamarle la atención por cómo cogía al bebé. Luego también sucedió que esta Madre 2ª lo echó a la calle en calcetines, en pleno mes de enero, cuando hacía un tiempo de perros, y se negó a devolverle los zapatos. Todo este drama le afectó mucho y es la razón por la que su exnovia -la que aún es amiga suya- y él lo dejaron. Ella no conseguía lidiar con semejante embrollo. Yo todavía no les he mencionado a mis padres que tiene hijos, me ha pedido que no les comente el asunto, o por lo menos, que esperemos un poco.

HIGIENE

Siempre quiere meterse conmigo en la ducha cuando estoy en su casa. Hemos estado bañándonos juntos tan a menudo que ya se siente molesto si le digo que quiero ducharme sola. Al ser dos, el espacio queda bastante justo cuando me lavo el pelo, pero él disfruta tanto que a mí me dan ganas de complacerlo. A veces también quiere mearme encima. Resulta extraño sentir el pis corriéndome por la piel, porque es más fresco que el agua de la ducha; además, el olor que emana con el vapor no es que sea una delicia. Por lo general, me mea en la espalda, pero a veces quiere que me ponga a cuatro patas para poder mearme por la cabeza. Una vez también me meó en la boca. No me gustó. Pero el resto no me importa demasiado, después de todo, estoy en la ducha, puedo limpiarme inmediatamente.

MAMÁ

Una mañana nos despertamos con una llamada en su móvil. «Es mi madre», dijo enfurruñado, y dejó el teléfono sonando hasta que paró. Pero luego volvieron a llamar una y otra vez, él puso los ojos en blanco, le quitó el sonido y dio media vuelta en cama.

«¿No vas a contestar?», le pregunté mientras miraba la luz verdosa que destelleaba en el teléfono. Él musitó algo y siguió durmiendo. Yo, por el contrario, estaba más despierta que el gallo, oyendo cómo zumbaba el teléfono, que no dejó de vibrar a cada poco hasta el mediodía.

Su madre siempre le lava la ropa, viene desde Selfoss con la colada limpia y vuelve con el coche para casa con la ropa sucia. La verdad es que es una loca de la limpieza; él dice que resulta imposible sentarse a comer nada en su casa sin que comience a blandir la bayeta y se ponga a limpiar migas o lo que se tercie. Vive con su nuevo marido en una casa familiar grande. En su hogar todo está impecable, los muebles perfectamente a juego con las cortinas, todo lleno de figuras y de dorados. Esta mujer considera que el trabajo dignifica al ser humano y no entiende por qué su hijo está estudiando tanto, ya que lleva ocho años en la universidad y tiene casi acabados un montón de grados universitarios.

Él dice que la gente del sur del país no le ve ningún propósito a la educación, puede trabajar para la Carnicería del Sur al acabar la secundaria y ganar más dinero del que le van a pagar nunca a un licenciado en Humanidades. Es triste ver que su gente no lo entiende, pero me parece un poco duro que no responda a su madre cuando lo está llamando con tanta insistencia.

FANTASMAS DEL PASADO

Antes de conocerlo, yo era muy promiscua, el sexo no me resultaba un problema. Me gustaba acostarme con la gente y lo hacía a menudo con todo tipo de hombres. Ahora me arrepiento de verdad; cada vez que vamos por el centro y algún chico me saluda, él espera a que el tipo se aleje lo suficiente como para no oírnos y me pregunta incriminatoriamente: «¿También te has acostado con ese?», y por lo general respondo que sí.

Cuando tenía dieciocho años, tuve mi primer y único novio, era un chico maravilloso hasta que se la metió en adobo a otra chica en mi cumpleaños. Aquello marcó el inicio de una larga etapa en la que no éramos capaces de romper y, en lugar de eso, echamos por el retrete todo lo bueno que habíamos tenido. Después llegó una época libertina y entonces, por lo general, la cretina era yo, como cuando me acosté con un artistillo larguirucho en una fiesta en casa de otro chico que sabía que estaba loquito por mí. O como cuando me hospedé en el sofá del minúsculo apartamento de una amiga y me llevé allí a un colega del instituto M. H. después de salir de juerga. Pero por aquel entonces nada de eso me parecía significativo. Simplemente dos pedazos de carne amasándose el uno al otro en búsqueda de un orgasmo que los pudiese hacer olvidarse por un instante de lo vacías que eran sus vidas. Él se lo toma verdaderamente como algo personal. «¿Qué dice esto sobre mí? Todos esos maromos son unos fetos, y cada vez se unen más a la colección.» A veces acaba molesto de verdad y me dice: «Un hombre guapo como yo no puede estar con una chica que ha andado con tanto adefesio.»

LA EX II

Siempre habla con mucho cariño de su novia anterior. Se ven a menudo, cosa que me resulta incómoda, pero no es que esté yo en condiciones de inmiscuirme. Creo que ella aún está enamorada de él. El otro día, me contó que habían quedado y luego habían ido a ver una peli y que entonces se besaron y que él podría haberse acostado con ella si hubiese querido pero que no lo hizo porque sabía que me iba a sentar mal. Me parece superchungo que él la vea con gafas de color de rosa y que siempre me esté comparando con ella. Además, ya le ha estado cuchicheando todo lo habido y por haber, entre otras cosas, que le pegué la clamidia, pero luego los secretos de ella los protege como un soldado. Creo que tiene remordimientos por el drama del niño que destrozó su relación. Por aquel entonces, ella aún estaba en el instituto y su familia no quería saber nada de él y se entrometieron para impedir que estuviesen juntos. Una jodida historia de Romeo y Julieta. Yo a menudo intento hacer que hable mal de ella pero es como si él la considerase una santa, dice que no ha tenido una vida fácil, que es una muchacha sensible y que nunca le pegó ninguna venérea.

AMIGAS

A mis amigas no es que les entusiasme este chico. Han coincidido con él unas cuantas veces y siempre ha acabado la cosa como el rosario de la aurora. Cuando se encontró a Emma en el pub Bakkus, él le dio un puñetazo en los riñones para demostrarle lo efectivo que resultaba como táctica de autodefensa. Ella dijo que se había quedado tirada en el suelo después del golpe. Pero él estaba todo compungido cuando volvió a casa aquella noche, lo había hecho en broma, no pensaba que ella fuera a acabar toda doblada. No había tenido la menor intención de hacerle daño.

Un día, cuando se encontró con Sigrún en el pub Sirkus, acabó haciéndole llorar. No sé qué pasó entre ellos pero ella me mandó un SMS diciéndome que no quería volver a verlo y que me echaba de menos. Yo sentía unos remordimientos tremendos porque había estado tanto con él que había dejado ya de lado a mis amigas. Pero también hay muchas cosas de las que no puedo hablar con ellas. Si una se pone a comentar lo que sucede dentro de una relación, suena todo tan embrollado que es muy fácil juzgar, y no quiero que lo proscriban para siempre. Ellas no pueden entender lo que es estar enamorada como me siento yo ahora.

EL ESFÍNTER

Estábamos acurrucados en el sofá, viendo una película, cuando me preguntó si un día de estos le dejaría metérmela por el culo. Al principio pensé que estaba de coña. A nadie le mola. Por lo menos no verdaderamente en serio. Sé que una amiga mía lo ha probado pero me dijo que le parecía una guarrada. Y la verdad es que creo que es bastante peligroso. La madre de Sigrún es enfermera y le ha contado historias de chiquillas adolescentes que acaban en urgencias con el esfínter arruinado después de que les hubiesen zumbado demasiado fuerte en el trasero. Luego, estas muchachas tienen que andar con pañales para el resto de sus vidas, ya que se les escapa la caca sin control. Puedo entender perfectamente que los gays se apañen con lo que tienen para penetrarse los unos a los otros, pero los hombres heteros que tienen en la cama a mujeres en buena forma, con vulva y boca y manos, deberían considerarse bien dichosos.

AMOR

Lo amo, pero aún no se lo voy a decir. Creo que él todavía no está enamorado del todo de mí, pero le falta poco. Tampoco me importa demasiado. Es tan maravilloso cuando me toca, cuando me abraza y duerme conmigo. Cuando me mira con esos ojos grises suyos, siento un tsunami de placer que me inunda y con él consigo unos orgasmos con los que ya ni siento las piernas. A veces no es necesario usar palabras para ponerle nombre a todo, siento que él también me quiere y no lo voy a espantar con sentimientos posesivos. Sería demasiado agresivo decirle ahora que lo amo, una declaración de ese tipo exige una reacción, yo no quiero reacciones, lo quiero sólo a él, así. Todo lo demás se vuelve tan insignificante e inútil comparado con él, estaría dispuesta a olvidarme de mí misma con tal de poder amar a este hombre.

LOS SUBURBIOS

Fuimos a cenar a casa de mis padres. Las ganas que tenía yo de presumir de aquel elfo invisible con el que había estado pasando todo mi tiempo. Habían cocinado para nosotros una lasaña vegetariana. Lo cierto es que me sorprendió un poco ver cómo aquel hombre fuerte y hermoso se quedaba encogido y raro cuando conoció a mis padres. Bajó la mirada cuando les dio la mano y luego, mientras duró la visita, no los miró a la cara en ningún momento. Mi hermana se quedó pasmada cuando lo vio sacar un libro mientras estábamos sentados a la mesa. Fue algo muy extraño, él obviamente se dio cuenta y al final apartó el libro. Mis padres fueron muy educados e intentaron charlar con él, le preguntaron sobre la universidad, la familia y esas cosas, pero él no levantaba la vista del plato y respondía musitando de tal modo que apenas se le entendía nada. Todavía no les he mencionado que tiene hijos.

CONCIENCIA DE PRIVILEGIOS

No he nacido en un contexto social como para entenderlo, mi vida siempre ha sido muy cómoda. Tengo unos padres que me quieren, que me apoyan y me ayudan. Él no lo ha tenido tan fácil como yo. Aunque a día de hoy su madre se esfuerce por él todo lo posible, las cosas no eran así cuando él era pequeño. Su padre biológico era un soldado noruego que había conocido ella cuando trabajaba en Oslo. Se casaron pero enseguida se divorciaron, siendo él todavía un crío. La madre volvió a Selfoss, donde sobrevivía sin apenas un céntimo, ella sola con un niño pequeño y dos empleos para llegar a fin de mes. Luego el chiquillo fue de vacaciones de verano a visitar a su padre y el hombre se negó a devolverlo. Le mandó que llamase a su madre y le dijese en noruego que quería quedarse con papá. El tipo convenció a la madre de que estaría en mejores condiciones con él, que el Ejército le proporcionaba unos ingresos estables y que el pequeño necesitaba más a un padre que a una madre para hacerse un hombrecito. Los años siguientes, el crío los pasó bajo las zarpas de un alcohólico agresivo, los únicos momentos positivos eran cuando el padre tenía alguna novia, porque entonces les arreaba más a ellas que a su hijo. Al final, intervino Protección de Menores cuando una de estas novias denunció al padre, y el hijo fue enviado de nuevo a casa de su madre. Ellos nunca han hablado sobre lo que sucedió, pero la madre intenta ser buena con él todo lo que puede. De hecho, es como si él estuviese más enfadado con ella que con su padre.

Fue por esto por lo que estaba tan raro cuando se encontró con mis padres, no está habituado a tratar con gente normal como nosotros. Yo quiero ayudarlo, siempre lo he tenido todo tan fácil que para mí no significa nada cargar con una miguita de toda esa oscuridad que él arrastra. Todo va a mejorar.

EL JUEGO I

El otro día fuimos con un amigo suyo de la infancia al bar Kaffibarinn. Es un tipo muy solitario, nunca ha tenido novia y parece no saber dirigirle la palabra a una chica sin que la cosa acabe en follón. Este amigo de la infancia lleva tiempo estudiando un libro que se llama *El Juego*, que instruye a los hombres en las múltiples estrategias para llevarse a las mujeres al huerto. En este libro, se anima a los hombres a que jueguen con la inseguridad de las mujeres. Por ejemplo, si un hombre tiene interés en alguna chica, lo que tiene que hacer es echarles flores a las amigas, pero a la presa, tratarla con indiferencia y cierta frialdad. Este amigo de la infancia lo invita a menudo a salir juntos para que le ayude, ya que puede resultar muy provechoso ir acompañado de un amigo guapo. Aquella noche también iba a ir yo compinchada para ayudar al amigo a ligar y demostrar en vivo y en directo las ventajas de tenerme como novia. Fuera del bar, me puse a charlar con una chica muy bonita que se había quedado rezagada de su grupo de amigas. Me di cuenta de que era una oportunidad fabulosa para el amigo de la infancia, seguí dándole conversación a la muchacha y luego se la presenté a los chicos. Y allí estábamos los cuatro, riéndonos de cualquier cosa en aquella noche luminosa de verano, y a la muchacha parecía que le caía bien el amigo, el tipo estaba ligando. Pero entonces soltó, de repente: «Lilja dice que eres muy fea, pero a mí no me lo pareces para nada.»

La chica me miró, asombrada, y yo le respondí, toda cortada: «Yo no he dicho eso, eres monísima.»

Pero ella ya se había largado de allí antes de que yo hubiese podido arreglar el embrollo. El amigo dijo que no entendía en absoluto aquella reacción *tan* contradictoria de la muchacha. Según él, debía de estar mal de la cabeza.

Mientras caminábamos los dos solos de vuelta a casa, le pregunté si su amigo de la infancia no sería algo retrasado. Él se encogió de hombros y dijo que el juego es así.

EL JUEGO II

El fin de semana siguiente, volvieron a salir de juerga. Me invitaron a ir con ellos, pero no tenía ni la más mínima gana de ir de copas con aquel tipo y participar en sus idioteces. Luego él me dijo que, justo cuando empezaban a subir la calle de Bankastræti, se toparon con dos chicas de buen ver. A él le entristecía que a su amigo siempre le fuese mal con las mujeres y en ese preciso instante sabía que el tiempo de la teoría se había acabado y que ahora llegaba el momento de la práctica.

Aquellas muchachas de Bankastræti tenían las dos diecinueve años y salió a colación que una de ellas era vegetariana. Estuvieron charlando y antes de que se diesen cuenta, la vegetariana ya lo había invitado a su casa. Dejaron al amigo de la infancia y a la amiga allí y pillaron un taxi hacia un barrio de las afueras. En casa de ella, se metieron en el jacuzzi, ella se la chupó y luego se acostaron juntos. Por la mañana, él volvió a casa en bus, en el Barrio Oeste, donde yo me había quedado a dormir, y me contó el juego de aquella noche. A él le pareció impresionante que ni siquiera tuviese que entrar en un bar para ligar, era tan guapo que incluso podía pescar chicas por el camino. Yo rompí a llorar pero en cierto modo también era culpa mía, si hubiese salido con él, aquello no habría sucedido. Él sólo había intentado ayudar a su amigo.

CURARSE EN SALUD I

En Cuba siempre fumaba unos cigarrillos sin filtro llamados *Flor de Aroma*. Son los mejores cigarrillos que he probado nunca, liados a mano en la misma comarca y olían deliciosamente a flor de tabaco. No eran tan fuertes como los puros, pero aun así, eran bien potentes. En cuanto me alejé del trópico, estos cigarrillos se fueron desvaneciendo a un ritmo acelerado y sin titubeos.

A él, fumar le parece un absurdo, hay que ser imbécil para fumar, dice. Yo ya he reducido drásticamente lo que fumo, sólo me enciendo un pitillo cuando salgo de marcha o cuando voy a un café. Pero cuando lo hago, enseguida me lo huele y me pone cara de desaprobación, se niega a besarme, dice que apesto a cenicero. El otro día añadió que quiere que deje de fumar y que por cada cigarrillo que me fume, él va a tirarse a ocho mujeres. No quiero que se acueste con otras, sólo debería estar conmigo. No voy a fumar nunca más.

NON GRATA

Nunca se va a convertir en mi novio, no entiendo por qué estoy siempre con él. Si nos encontramos con gente que conoce por la calle, no me presenta, habla con ellos como si yo no estuviese allí. Es reservado, le resulta incómodo que todo el mundo lo sepa todo sobre él, pero a veces me siento como si yo estuviese desapareciendo. Ahora ya paso tanto tiempo en su apartamento que me doy cuenta si no vuelve a casa. No pasa muy a menudo, pero aún sucede. Un día, estuve toda la noche en vela, viendo DVD mientras esperaba a que volviese de marcha. Cuando por fin llegó a casa por la mañana, se sorprendió al verme despierta en el salón. Él había estado con una muchacha pelirroja. La tipa vive con su novio, así que tuvieron que follar en la universidad, en un sofá ruinoso de la oficina del estudiante. Sé perfectamente que debería dejarlo, pero no soy capaz de separarme de él. Si yo fuese mejor, sería suficiente para él.

DANDO MIMOS CON LA BOCA

He estado practicando a hacer mamadas. No se me da especialmente bien, siempre me dan arcadas, a veces muy sonoras, y me sube el vómito a la boca. Pero ahora me trago lo regurgitado de nuevo y sigo con el asunto en lugar de rendirme, como hacía siempre antes. Mientras se la chupo, se me caen las lágrimas, pero no es que esté llorando, es un reflejo. Flipo con el tiempo que me lleva, una está dándole ahí media hora o así, mientras que en el porno tardan dos minutos. A lo mejor lo estoy haciendo mal. A veces ya no puedo más y siempre resulta que es cuando él está a punto de llegar y entonces se enfada, mira hacia mi rostro hinchado y cubierto de lágrimas y me dice: «Guau, ¿es tan fabuloso follar conmigo?».

HIJOS DE LA LUNA

Resulta impresionante cómo este hombre grande y fuerte también puede ser como un niñito pequeño. Por la noche, cuando dormimos juntos, se envuelve alrededor de mi cuerpo, tan sereno, tan hermoso. Dormimos pegados el uno al otro, compartiendo un solo edredón. Nuestros cuerpos son como dos piezas que encajan. Cuando nos acoplamos así el uno al otro, me siento por fin completa. Ni sobra ni falta nada, simple y exactamente como tiene que ser. Algunas mañanas me despierto y me encuentro con que tiene tantas ganas que ya ha empezado a metérmela. Es algo espontáneo, como si mi cuerpo lo succionase. Entonces, él es tan tierno que siento una punzada de gratitud en el corazón.

VANIDAD I

La verdad es que no uso cosméticos, nunca se me ha dado muy bien pintarme. Mi neceser está tan vacío que si lo abro, lo más probable es que salgan volando polillas. Sin embargo, dentro andan tintineando una máscara de pestañas vieja, una polvera medio vacía, un pintalabios y una navaja roja. La compré justo antes de marcharme a Sudamérica, la usé más que nada para abrir birras y luego corté una vez un mango con ella en una playa de México.

Es maravilloso lo mucho que le gusto tal y como soy. Lo cierto es que se ofende y se enfada si me maquillo y me pregunta acusadoramente: «¿Para quién te estás pintando?» No entiendo por qué a veces se pone tan celoso, yo nunca tendría ganas de estar con ningún otro. Tiene tanta consciencia ética y es tan diferente al resto de los hombres que he conocido. No quiere bajo ningún concepto que lo envenene con químicos y aditivos. Con él, no necesito carmín, a él mis labios al natural le parecen perfectos y besables.

AMISTADES DE INTERNET I

Siempre está chateando con colegas suyos en la red. A veces es como si desapareciese en el ordenata que tiene en el regazo. En esos momentos, ni me oye, ni me ve. Nosotros nos habíamos hecho amigos a través de internet, fue ahí donde me enredé con él. Cuando estaba en Sudamérica, a menudo me encontraba sola y la franja horaria no parecía importar, él siempre estaba *online* cuando yo necesitaba a alguien con quien hablar. Ahora estamos en el mismo continente, en el mismo país, en la misma ciudad y, por lo general, en la misma casa, pero él está mucho más alejado de lo que estaba por aquel entonces. Y sigue en el portátil, echando risitas y carcajadas con alguna ocurrencia del chat, mientras yo estoy por aquí en la misma habitación, esperando a que me haga caso.

El otro día, mientras yo fregaba los platos después de la comida, cogió el ordenata y se sentó con él. «Pensaba que íbamos a ver una peli», le dije mientras me secaba las manos con un trapo manchado, pero él no me respondió. Hice varios intentos de captar su atención, atraerlo hacia mí, sin éxito. Me fui para su cuarto, cerré la puerta, guardando a medias la esperanza de que él me siguiera, pero ni se le vio el pelo. Me quité los pantalones, me acosté en su cama y empecé a masturbarme. Joder qué bien merecido le está a ese guaperas, pensé, ahora se está perdiendo toda la fiesta. Pero aún habría estado mejor si hubiese entrado por aquella puerta y se hubiese dado cuenta de que había un ser humano de carne y hueso en su apartamento que lo deseaba a él, aquí y ahora.

SOLTERONES II

Me compadezco enormemente de su compañero de piso. El otro día, el tipo estaba de cumpleaños y su familia le regaló una aspiradora, como para hacerle el chiste. Tres semanas más tarde, todavía está la caja en el vestíbulo. Este compañero casi siempre lleva puesto el albornoz y sigue comprando hamburguesas de oferta en el quiosco del barrio; cuando no le apetece tomar algo caliente, pilla simplemente unas galletas Oreo de chocolate y una cola light. Nunca he conocido a semejante cocacolero del copón.

Nunca viene nadie al piso a visitar a este inquilino. Si yo viviese así de sola, estaría invitando constantemente a gente a una fiesta o a comer. Debe de sentirse muy solo. Hace unos días me di cuenta de verdad de lo rara que es la convivencia entre ellos dos. Una noche, el compañero se encerró en su cuarto y empezó a escuchar a Damien Rice, el mismo disco, a todo volumen, una y otra y otra y otra vez. Nosotros estábamos en el salón. Al oír la música que salía de su cuarto, nos dio la risa con aquella selección musical para una noche de sábado. Cuando nos fuimos a la cama, el tipo ya había bajado algo el volumen y se había quedado con la misma canción deprimente en el *repeat*. El cantante maullaba sin cesar «*Cold, cold water surrounds me now*»…

Pasaron las horas, la música todavía seguía sonando y a mí me dio un mal presentimiento. A lo mejor el tipo se había quitado la vida y nosotros, al otro lado de la pared, riéndonos. Le pregunté a él si acaso no quería echarle un ojo a su amigo, ver si estaba todo bien. Pero ya estaba cansado y dijo «Descuida, no le pasa nada». Por la mañana, estábamos en la cocina comiendo cereales cuando apareció el compañero de piso, desgreñado y con la cara grisácea. Murmuró una especie de saludo mientras se ajustaba el albornoz, cogió una botella de cola light medio vacía y se la llevó a su cuarto, donde volvió a poner a Damien Rice.

LA EX III

Una noche, cuando ya nos habíamos metido en la cama, lo llamó su Ex. Fue una llamada corta y cuando colgó, él salió de la cama. «Van a abrir la librería de Mál og Menning a medianoche, sale el séptimo libro de Harry Potter.»

«¿Y tu Ex te llama por ese motivo? ¿No podemos comprar el libro mañana?» Intenté ocultar lo molesta que estaba, no quería darle el placer de mostrarle lo celosa que me sentía. Él me miraba mientras se ponía los calcetines.

«No es más que una buena amiga. Hemos leído juntos todos los otros libros (de la serie), voy a salir un momento a pillar el último.» Se calzó los pantalones de una zancada y salió pitando.

LA EX IV

Al día siguiente por la noche, llamó de nuevo la Ex. Nosotros estábamos juntitos en la cama, desnudos, y él parecía sorprendido al ver el nombre de ella destelleando en el móvil tan tarde. Respondió y se apartó de mí para que yo no pudiese oír lo que ella le decía. Estuvo escuchando un buen rato y me echó una mirada huidiza. Al final habló: «Sí, ya lo sabía», y colgó.

«¿Qué quería ahora?», le pregunté, poniendo una mueca de desaprobación bien ensayada. A él se le veía azorado y actuaba de modo evasivo. Al final me dijo:

«Me ha comentado que ha oído rumores sobre ti… que te habían violado y que tú lo habías posteado en un blog.»

Se me cortó la respiración como si me hubiesen golpeado en el estómago, pero luego estallé de la rabia.

«¿Conque rumores, verdad? ¿Y por qué no le has dicho nada? ¿Por qué no me has defendido? Hace mucho que borré ese post. De hecho, lo hice nada más publicarlo. ¿Te parece bien que se ponga a revolver esa historia?, ¿que se esté relamiendo con esas miserias?» Rompí a llorar a moco tendido, él se acostó a mi lado en la cama y me abrazó.

«Mi Ex ha pasado por muchas cosas duras, es muy sensible. No sé, a lo mejor también está un poco celosa, mira quién está al final en la cama conmigo ahora.»

«¿Y qué mierda de dificultades ha tenido esa? Cuéntamelo, venga, así estamos igualadas.»

«No me voy a poner a contarte sus secretos, tenemos plena confianza el uno en el otro. Créeme cuando te digo que las ha pasado canutas.»

Aquella noche, lloré hasta caer dormida, no porque me autocompadeciese sobremanera por aquella violación, sino porque sabía que él nunca se preocuparía por mí tanto como se preocupa por ella.

FLOR DE UN DÍA

Me violaron un fin de semana, puedo jurar que no estaba ligando con aquel tipo, no me molaba en absoluto, pero así pasan las cosas, todas perdemos la virginidad de algún modo.

DESVIRGUE

Cuando tenía diecisiete años, me fui de *au pair* a Dinamarca. Me hospedé en casa de Louise, que era una buena amiga de mis padres. Vivía en un pueblo pequeño con su familia, que constaba de un marinero que paraba poco en el hogar, una niña de tres años y un perro grande. Yo iba al instituto municipal para aprender danés como Dios manda y tener algo que hacer durante el día mientras la pequeña estaba en la guardería. Tardé mucho en conocer a mis compañeros de clase porque me negué a tomar el atajo de hablar con ellos en inglés.

No obstante, al final, conocí a Anne, una muchacha con pocos amigos a la que le molaban Linkin Park y que estaba obsesionada con su ex. Lo cierto es que era bastante aburrida pero con algo tenía que empezar yo. Anne me sugirió que saliéramos salir de marcha juntas alguna noche. Yo tenía ganas, pues uno de los motivos principales por los que me había ido a Dinamarca era que quería beber cerveza y fumar sin que nadie se entrometiese. Anne y yo quedamos en mi casa aquella noche y nos largamos unas cuantas birras de Slot. Tampoco es que hubiese mucha variedad de bares en aquel pueblito, había una taberna a la que no nos apetecía ir y un pub que frecuentaba la gente joven. Allí nos tropezamos con un chico islandés y unos cuantos amigos suyos, tenían pinta de delincuentes juveniles, con el pelo decolorado, los vaqueros rasgados a propósito y un olor abrumador a *aftershave* dulzón. Se trataba del primer islandés con el que me había encontrado en dos meses. Hablé sin parar con aquel muchacho, que creo recordar que se llamaba Steinn o Steinar. No teníamos nada en común ni intereses parecidos, tan sólo el idioma, y yo no cabía de contenta de poder hablar sin sentirme como una retrasada. Estos delincuentillos no hacían más que invitarnos a bebida, nos tomamos unos chupitos con ellos y más tarde Steinn Steinar me preguntó si quería meterme *speed* con él. Yo nunca había probado nada por el estilo, pero a aquellas alturas de la borrachera me habían entrado las ganas. Nos metimos una raya en el baño, él intentó besarme pero yo me escurrí y me fui galopando hasta la pista de baile. Luego tan sólo recuerdo el sonido del bajo, ruido, baile, tocamientos y un desvanecimiento total.

Por la mañana me desperté sola en la cama de mi casa. Me sentía como si un tren me hubiese pasado por encima. Cuando salí de la cama, vi que el suelo estaba lleno de cristales rotos, salí corriendo del cuarto y apenas llegué al baño para potar. Luego vomité y vomité, con pequeñas pausas en las que me tiré en el sofá del salón, sudando y temblando, debajo de una manta. Cuando Louise apareció, se burló de mí de modo amistoso, dijo que había estado bien pintoresca cuando había vuelto a casa por la noche. Al parecer, había cerrado la puerta de fuera batiéndola tan fuerte que había resonado toda la casa, y después había tirado una maceta de camino hacia mi cuarto. Luego ella se dio cuenta de lo maltrecha que estaba, tenía una raspadura enorme en un muslo, como si lo hubiese arrastrado por el asfalto, y estaba llena de moratones y arañazos por todo el cuerpo. Cuando Louise pasó a interrogarme, le conté lo que había sucedido en el bar, aunque no me atreví a confesarle que había estado probando drogas, así que le dije que pensaba que Steinn Steinar me había metido algo en la bebida.

Fuimos a urgencias, donde me examinaron, y a juzgar por las lesiones, no cabía duda alguna de que me habían violado. Yo nunca me había acostado con nadie y ahora tenía la vulva toda amoratada y hecha trizas. Daba gracias por lo poco que recordaba de aquella noche, sólo la vaga imagen de dar con la cabeza en algo duro y ver a Steinn Steinar trajinando encima de mí en un retrete lleno de grafitis. La enfermera me animó a poner una denuncia, pero yo me negué en rotundo; sabía que aquello era culpa mía. No tenía que haber aceptado droga. Aquello no habría sucedido nunca si yo hubiese dicho «no, gracias» y hubiese conservado el sentido común. Mis padres se sentirían desolados si descubriesen que había empezado a drogarme cuando habían confiado en mí para que fuese sola a Dinamarca. Ya me parecía lo suficientemente malo llamarlos por teléfono y decirles que me habían violado.

El lunes siguiente, en el instituto, Anne se acercó a mí y me anunció orgullosa que ella se había marchado a casa con uno de los delincuentillos y que ahora era su nuevo novio. Luego me preguntó como quien no quiere la cosa si había pasado algo entre Steinn Steinar y yo, ¡que yo simplemente había desaparecido! Le dije que el Steinn me había metido droga en la bebida y me había violado y que al día siguiente había ido a urgencias. Al oír esto, Anne se rio sin muchas ganas y me dijo: «Ni de coña te violó ese chico, no hacías más que entrarle a saco.».

VIDA ACADÉMICA

Me resultó condenadamente difícil empezar la universidad. Yo siempre había sido una estudiante bastante buena, pero era una negada para los deberes de la universidad. Siempre aprobaba por los pelos, con unas notas increíblemente bajas, y todos los trabajos me los devolvían emborronados con comentarios en rojo.

Él, por suerte, ya lleva muchos años en la universidad y sabe cómo hay que hacer las cosas. Es muy listo y sabe elaborar un texto inteligente y académico en un pispás. A veces, cuando tiene tiempo, me escribe los trabajos. Ahora me va mejor.

AMISTADES DE INTERNET II

La verdad es que siempre estamos en su piso, ahora incluso ando por ahí cuando no está en casa. Resulta práctico porque vive muy cerca de la universidad y además así ya sabe dónde estoy. Sé que a veces anda chateando con otras chicas en la red, a veces lo espío por encima del hombro y veo con quién está hablando. No lo soporta. Es una persona muy reservada, ni siquiera quiere que use su ordenador a no ser que esté conmigo. De cuando en cuando, chatea con esa Pelirroja que se folló una noche, pero me dice que no son más que amigos. Yo también tengo amigos varones, me dice que tengo que relajarme y aceptar que él también tenga sus amigas.

CURARSE EN SALUD II

He ido a un comercio de manualidades en la calle Skólavörðustígur y he comprado pintura para cristal. Las últimas semanas he estado guardando tarritos de vidrio que podrían quedar bien como portavelas. Me había imaginado que podíamos entretenernos los dos pintando esos tarros. Por variar un poco la rutina de ver una peli y luego acostarnos juntos. Pensé que le haría ilusión, pero se dejó caer, malhumorado, en su silla a la mesa de la cocina y cogió uno de aquellos tarritos con sus manazas.

No era muy diestro usando el pincel fino que yo había comprado para la ocasión. La pintura se le escurría y se mezclaba. Al final, su tarro acabó siendo de color verde grisáceo y parecía la obra de un niño de tres años. Dejó su tarro contrahecho y resopló, dándose por vencido. Se lavó las manos, cogió el portátil y se sentó con él en el salón. Yo me quedé y seguí pintando un tarro tras otro con dibujos y colores preciosos. Si acaso se trae a alguna de sus amigas internáuticas al semisótano, a lo mejor la tipa repara en estos portavelas tan ambiciosos y tendrá la decencia de largarse pitando a su casa.

LÍMITES I

Él seguía insistiendo en metérmela por el culo. Le dije que no entendía por qué aquello le entusiasmaba tanto. Entonces puso cara de ensoñación y dijo que no era capaz de describir lo maravilloso que era. Tan prieto, misterioso y diferente al resto.

Al final me dejé convencer. No fue ni bueno ni malo, simplemente pringoso e incómodo. Estuve todo el tiempo estresada, me sentía como si su pene fuese un desatascador y que en cuanto lo sacase para fuera, se desharía el atasco, el tapón quedaría arrancado y la diarrea saldría en riada por toda la cama. Pero no sucedió y cuando él acabó se le veía en un éxtasis tan embriagador que no pude hacer otra cosa más que alegrarme por él. Quiero que piense que soy la mejor en la cama.

LÍMITES II

Ya ha pasado a hacérmelo con bastante asiduidad por el culo. Una vez me la metió por detrás y luego pasó directamente al chocho. Le pedí que parase, quería ir a coger una manopla de baño. Me imaginaba su pene cubierto de virutillas de caca que se esparcían por todo el interior de mi vagina. Aquello era como limpiarse el culo del revés pero a nivel avanzado. Sin embargo, él estaba tan excitado y me deseaba con tanta ansia que no fue capaz de parar hasta que se corrió.

CUMPLEAÑOS

El otro día fui al cumpleaños de mi amiga Sigrún. Él no quería venir. «Es una amiga tuya, no entiendo por qué tengo que ir yo.» Yo tampoco soy su novia, no tendría que estar arrastrándolo a ninguna fiesta de chicas. Las pocas veces que queda con otra gente, no me invita. No existo a no ser que estemos los dos solos.

Era una fiesta bien grande. Sigrún y Emma alquilan juntas un apartamento del Barrio Oeste y había mucho ambiente. Me tomé unos cuantos cócteles y estaba de muy buena onda, hasta el momento en que la vi. La Ex había sido compañera de clase de Sigrún en el instituto M. R., así que había venido con algunas amigas suyas. Me saludó y yo le respondí tan fríamente como pude, luego la ignoré con mucha determinación. Con todo, la Ex no se quedó mucho tiempo, Sigrún es mucho más amiga mía que de ella. Yo seguí tomando más copas y ya estaba bastante piripi. El alcohol abrió las compuertas del embalse y una llorera imparable empezó a bajarme por las mejillas. Me encerré en un dormitorio y me puse a llorar y llorar y llorar y llorar. No conseguía parar a pesar de saber que me estaba comportando como una completa idiota. Poco después se marcharon todos los invitados y no sé si les estropeé el cumpleaños o si es que salieron todos de marcha al centro-ciudad.

Salí del cuarto y me encontré con las chicas, que estaban recogiendo las botellas y fregando los vasos. Yo no era capaz de decir palabra, ni de explicar nada, sólo pude murmurar «lo siento» y continué moqueando. Me quedé a dormir con Emma, que me abrazó mientras yo sollozaba hasta que caí dormida. Por la mañana, me escabullí de la cama y volví a casa de él. Se cabrearía si no regresaba después de la juerga, y además también quería estar segura de que no hubiese ninguna otra en su lecho.

ESTE MAL

Creo que estoy perdiendo el sentido. Empiezo a estar tan tarumba que ya me asusta el panorama. Él nunca se va a convertir en mi novio si continúo así. No puedo controlarme, ando siempre llorando, siempre sensible, siempre insoportable. El otro día, cuando se la estaba chupando, me hice la fuerte hasta que conseguí que se corriese, pero luego salí escopetada para el baño, con arcadas, y vomité. Me desplomé en el suelo y me quedé tirada entre pelos púbicos y manchas de orina, llorando descontrolada. Me avergonzaba por haber salido corriendo de su lado de aquel modo, por ser tan patética. Golpeé la taza del váter con la frente y me sentí como un animal enjaulado.

Miré el esperpento de mi rostro en el espejo e intenté lavarme las lágrimas y la hinchazón. Alargué la mano para coger mi neceser, que estaba en el armario, y me disponía a refrescar un poco mi aspecto. Pero en lugar de eso, pesqué la navaja roja, saqué la cuchilla y tracé unos cuantos cortes en la parte interior de mi muslo. No sé por qué, nunca había hecho nada parecido. Me quedé observando cómo brotaba la sangre y se escurría en dirección a la rodilla, y por un instante me sentí mejor. El corte aliviaba la presión en mi cabeza, ya no estaba a punto de estallar, había dejado de llorar. Todo lo que era malo se había concentrado en aquellos pequeños cortes, que no eran más que heridas comunes. Aquello me había sentado bien, era bueno para mí.

ECUACIÓN

Lo mejor para mí sería cortar con él y dejar de estar tan tarumba. Pero no aguanto mucho tiempo lejos de él, no sería capaz de perderlo. Lo amo con cada célula de mi cuerpo y me marchitaría por completo sin él. Tanto si lo dejo como si sigo con él, acabaré loca y hecha añicos, el resultado va a ser el mismo.

VANIDAD II

He empezado a cortarme con bastante asiduidad. Uso siempre la navaja roja y me hago heridas en los antebrazos y en los muslos. Lo hago cuando soy mala en la cama o simplemente una tipa desagradable. A él estos cortes que empiezan a cubrir mi piel le parecen repugnantes, a menudo sacude la cabeza y me pregunta: «¿Por qué las chicas bonitas siempre tienen que estar piradas?»

No tengo respuesta, no soy más que mercancía dañada, pero me encanta oírle decir que le parezco bonita.

BODA

Otro amigo suyo de la infancia se iba a casar en Selfoss y él me invitó a acompañarlo. Era la primera vez que iba a encontrarme con algún amigo suyo, a excepción del compañero de piso y el seductor inútil. La ceremonia fue preciosa y todos estaban ebrios de amor en el convite. A sus amigos yo les parecía muy simpática y le decían, sorprendidos: «Y a esta, ¿dónde la tenías escondida?» Bebimos y bailamos, él me daba vueltas en la pista y me besaba delante de cantidad de gente. Normalmente es muy reservado, no suele hacer nada por el estilo.

Ya entrada la noche, su grupo de amigos cogió un bus a Reikiavik. En aquel viaje me besó y me dijo por primera vez que me amaba. Me lo dijo una y otra vez: *te amo, te amo, te amo*. Cuando llegamos a la capital, yo ya estaba molida y de hecho demasiado borracha, así que me fui derechita a su casa. Él se fue para el pub Kaffibarinn con sus amigos de la infancia. Me desperté sola en la cama a la mañana siguiente. Él llegó a mediodía y se fue directo a la ducha.

Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.
Me ama.

RAYADURA

Aunque todo esté mejor ahora, me siento como si me estuviese deshaciendo. Por fin me ama, pero ya he perdido tanto el norte que no consigo disfrutarlo. No puedo dejar de pensar en las otras chicas con las que ha estado. A veces habla con la Pelirroja por la red y vaya si no se me hace raro e incómodo. Pero él me dice que no me debería preocupar por lo que hace en la red, que no es más que una amiga.

Intento ser buena en la cama, pero cuando no sale bien tengo que lesionarme de algún modo. Una vez, me la estaba metiendo por el culo y rompí a llorar y a llorar y me avergonzaba tanto de comportarme como una cría pequeña que cuando acabó, me golpeé la frente en el cabezal de la cama todo lo fuerte que pude y acabé con un chichón descomunal. Estoy llena de arañazos. Un día me agarró del brazo, donde todavía rezumaba sangre de un pequeño corte, y me dijo, desafiante: «¡Para ya con esto! Si ni siquiera lo estás haciendo en serio, son cortes superficiales.»

A lo mejor lo que pretendía era desconcertarme, pero yo me fui al baño, me encerré y me hice unos cuantos cortes más, bien profundos, en el antebrazo, por lo que la sangre salió a chorros pringándolo todo, seguro que me van a quedar unas cicatrices horribles después de esto.

CON LAS PELOTAS AZULES

Puede ser que las cosas no nos vayan bien del todo, pero nos acostamos muy a menudo. Por lo menos una vez al día, normalmente más. Tiene que hacerlo conmigo con frecuencia, si no, acaba irritable y desabrido. Quiero que se sienta bien.

LA EX V

Una tarde gélida de otoño, quedé con unas amigas del instituto M. H. en la cervecería Ölstofan. Hacía mucho tiempo que no salía con mis colegas así, sin ningún motivo especial. Me he vuelto poco sociable y tímida. Además, él también se pone celoso con las chicas con las que quedo y tengo tanto miedo de desvelar lo chalada que me he vuelto que lo mejor para ambos es que me quede lo máximo posible en su casa.

Nos habíamos sentado las cuatro juntas en un rincón frente a la entrada, y estábamos en medio de una conversación cuando la Ex entró con una amiga suya. Se dirigieron las dos a la barra, la Ex me vio y me hizo una señal con la cabeza mientras pedía una birra. La ira estalló en mi interior, por qué no podía largarse a otra parte, ya que veía que yo estaba allí con mis amigas. Sobran bares en Reikiavik, y yo había entrado allí primero. Les había contado a las chicas lo de la conversación telefónica en la que la Ex le aireaba el último cotilleo que había oído sobre mí.

A mis amigas les pareció ultrajante, estaban de acuerdo conmigo en que esa Ex no era más que una sabandija por andar difundiendo aquella historia de la violación. Les comenté que estaba dolida por el hecho de que él no me hubiera defendido y entonces mi amiga Unnur se levantó, toda rampante, y dijo «Te voy a vengar». Fue a la barra y pidió un vaso grande de agua con hielo. Observé expectante cómo se acercaba a la Ex por detrás, hasta la mesa donde se habían plantado, cerca de la nuestra. Unnur paró y miró hacia mí, yo asentí con la cabeza y entonces ella procedió a verterle lentamente aquella agua congelada, de modo que se le fue escurriendo por todo el pelo, metiéndose por el jersey y bajándole por toda la espalda. La Ex se engruñó de golpe, resollando. Unnur volvió a nuestra mesa, donde estábamos lanzando risitas como tontas. Yo estaba tan agradecida de que hubiesen desenvainado la espada por mí que mi alegría calaba hasta lo más hondo del material genético de la era vikinga.

La Ex vino apurada a donde estábamos y se le notaba que estaba conmocionada. Estaba chorreando y tenía la máscara de pestañas toda corrida. Me soltó una mirada afilada y me dijo: «No me merezco esto.»

Luego se fue escopetada, saliendo a aquella noche glacial con su amiga.

LA LUCHADORA

Pensaba que él se iba a enfadar mucho por aquella escena del agua, pero parecía que le había hecho una gracia inconfesa que yo hubiese empezado a pelearme por él. De hecho, ya me había dicho que no le gustaba que yo tuviese tan poco espíritu de competición. Cuando le respondí por enésima vez que no tenía ganas de salir a correr con él, me dijo: «Eres muy guapa, pero si fueses un poquito más *fighter* y movieses un poco el culo, serías una mujer diez.»

Hasta ahora, nunca me habían atraído las competiciones ni los deportes y nunca había tenido ni deseo ni necesidad alguna de ganar ni de ser mejor que los demás. Pero no voy a perder ante ella, ni de coña.

PALABRAS

Él es un maestro absoluto dándoles la vuelta a mis palabras para usarlas en mi contra. Lo recuerda todo mejor que yo y puede recapitular las cosas más impensables que un día solté en un contexto desafortunado. Cuando discutimos, me ataca con mis propias palabras. Entonces me siento como una muchacha que se ha amputado los brazos y se los ha entregado de buena fe. Ahora él usa esos miembros sin vida para darme bofetadas.

LECCIONES QUE DA LA HISTORIA

El otro día, sugirió que podría ser divertido que le diésemos más uso al horno haciendo pasteles. El aroma de unas galletas recién hechas o de otra repostería también puede compensar la suciedad, el polvo y los trapos avinagrados que hasta entonces caracterizaban aquel semisótano. Él mismo no tiene ni idea de panadería, y mientras yo pongo a prueba mi pericia con todo tipo de recetas, él se sienta con el portátil en el salón. Albergo cierta preocupación por esta pastelería. Temo acabar como un barril por comer tanta galleta. A él las muchachas gordas le resultan repulsivas.

Cuando era adolescente, tuvo una novia con la que estuvo unos años. Al principio estaba loquito por ella, pero luego ella ganó peso y él perdió todo apetito por ella.

CICLO

A veces nos hierve la sangre a los dos, yo pierdo los papeles por algo o me desmorono por autocompasión, discutimos como perros, yo lo amenazo con largarme para siempre, me pongo a lloriquear, él me consuela, follamos y dormimos. Al día siguiente, permanecemos callados hasta que la existencia se ha tranquilizado. Entonces la vida vuelve a su rutina.

AMOR

Ya me ha pelado como una cebolla. Me he quedado en nada, envuelta sólo por una finísima piel, y me escuecen los ojos.

ACUERDO

Una amiga suya se va a marchar al extranjero a estudiar. Tiene un apartamento en la calle Válastígur y le ha ofrecido alquilárselo. Es mucho más bonito que el semisótano y me ha invitado a vivir allí con él… si prometo dejar de cortarme y de estar así de chalada. Ahora todo va a mejorar. Ya he tirado la navaja. Va a ser un nuevo comienzo para nosotros.

HOGAR

¡El nuevo apartamento es fabuloso! Está superbién situado, nos despertamos con las campanadas de la iglesia Hallgrímskirkja y está cerca de todo. La cocina es bastante grande, con las paredes de un color naranja precioso. Sólo tenemos verdura y cosas sanas en la nevera, nada de Coca-Cola *light*, nada de salchichas ni de carne. No sé qué va a ser de su compañero de piso, probablemente se quedará sepultado por el polvo y la pelusa. Vamos a pasar momentos tan agradables…, además del dormitorio tenemos un salón sólo para nosotros. A una casi le da vértigo tanto espacio. El salón da a un hermoso jardín, en verano podemos sentarnos allí a beber cerveza y jugar a las cartas. Lo cierto es que aún no sé cómo voy a hacer para pagar mi parte del alquiler, pero ya me las arreglaré.

LIBROS

Me sorprendió la cantidad de libros que tiene. Obviamente, todas las repisas de las ventanas y las superficies vacías de su semisótano estaban llenas de pilas de libros. Pero he descubierto que también había llenado el armario y todos los estantes posibles con más libros. Cuando trasladamos toda aquella sabiduría a Válastígur, me sentí como si me estuviese emparedando allí dentro. Sin embargo, ya le he prometido dejar de estar tarumba, así que no voy a mencionar ni una palabra de esa claustrofobia que a veces no me deja respirar.

COMPROMISO I

Aunque vivamos juntos, no lo llamo mi novio. Después de tanto tiempo, este título ya me resulta demasiado diluido y deformado. Ahora lo llamo «mi pseudoesposo».

EL EDÉN DEL VEGETARIANO

Es tan maravilloso convertirse en una persona tan adulta. En Válastígur podemos tener las cosas como nos salga de las narices. Reciclamos, cocinamos verdura, leemos un montón de libros y a veces nos quedamos despiertos toda la noche viendo películas y series. Nuestro hogar, nuestros términos.

NIÑEZ

Tiene unos ojos tan bonitos. A veces se acurruca junto a mi pecho y alza la vista hacia mí, mirándome hasta el fondo del alma. Entonces resulta tan adorable que querría poseerlo, convertirme en su madre, comenzar desde el principio y cuidar de él. Hay tantas cosas que tuvo que sufrir cuando era pequeño que no se pueden recuperar. Cuando le pido que me cuente cómo era su vida en Noruega con su padre, se contrae todo y actúa de forma extraña. El padre solía estar borracho, no soportaba la debilidad y se portaba de un modo horrible con sus novias.

Una vez, cuando él tenía unos siete años, se puso enfermo y vomitó en la mesa de la cena, y la reacción del padre fue arrearle hasta que cayó de la silla al suelo y entonces pasó a darle patadas, con las botas militares puestas.

El padre tenía todo tipo de novias dudosas, algunas de las cuales llevaban una vida descontrolada, pero cuando su padre tenía pareja, por lo menos él podía leer en paz. Una vez, el padre lo llevó a casa de una tipa y se la estuvo follando en el piso de arriba mientras él veía los dibujos animados abajo en el salón. A él aquel día le había parecido estupendo, hasta que volvieron a casa, donde se encontraron a la novia de su padre, que quería saber dónde habían estado. Cuando tenía doce años, se mudó de nuevo a casa de su madre, pero de la estancia en Noruega nunca se habló. No dijo ni pío sobre el alcoholismo ni la violencia. Me comenta a menudo lo guapa e inteligente que le parece su madre, en las pocas ocasiones en las que habla de su padre, no le cabe en la cabeza cómo ella pudo estar con semejante desecho humano.

LA MUJER PRIMITIVA

Estamos desnudos y sudorosos. Reposo mi cabeza sobre su torso fornido y siento el aroma dulzón y especiado que emerge danzando de sus axilas. Es mi olor favorito en todo el planeta. Quiero bañarme en su sudor y salir al mundo con su perfume inundando mi respiración.

SITUACIÓN ESPECIAL

Nuestro amor es crudo, le confiamos el uno al otro ese magma, esa carne viva a la que nadie antes se había podido acercar. Cuando me siento como si me hubiese despellejado toda con un rebanador de queso, me recuerdo a mí misma esto: el amor es todo un espectro de colores. Hace tanto daño como hace bien.

VALORES

Mi amiga Bryndís se ha apuntado a la escuela para amas de casa. Un día, me hizo una pequeña visita para conocer el nuevo apartamento. Se trajo un bizcocho que olía a gloria, pues lo había sacado del horno poco antes. Él se quedó en el dormitorio con el portátil todo el tiempo que ella estuvo en casa, malamente la saludó cuando ella se asomó al cuarto. Cuando Bryndís ya se había marchado, salió y observó el bizcocho con detenimiento. «¿Qué tipo de huevos lleva?», preguntó, desconfiado. Él es muchísimo más idealista que yo. Aunque ambos seamos vegetarianos, es mucho más estricto con lo que considera correcto comer.

«No sé, seguro que de los marrones ecológicos», le respondí, y cogí un vaso de leche para tomar con una porción que me acababa de cortar.

«¿Puedes llamar a tu amiga y salir de dudas? No voy a comer huevos asesinos.»

Así lo hice y Bryndís me confirmó que las cáscaras eran blancas. Me pidió disculpas, en su escuela sólo tienen huevos de ese tipo. Le dije que no había problema, que el bizcocho seguro que estaba delicioso. Él entornó los ojos e hizo una mueca mientras escuchaba cómo yo intentaba quitarle hierro al asunto de los huevos. Justo antes de colgar, se largó de la cocina y se encerró de nuevo en el dormitorio. Él sólo come pastelería hecha con huevos ecológicos o de gallinas que sepa con toda seguridad que pueden andar sueltas.

Yo me quedé sentada sola con mi plato y mi vaso de leche. Me jalé el puto bizcocho entero porque me parecía una grosería tirarlo. Para mí, un bizcocho no es más que un bizcocho.

DOLORES DE CRECIMIENTO

Nunca viene de visita a casa de mis padres. Desde que me he mudado, a veces los echo de menos. Ellos lo invitan a comer con frecuencia y siempre preparan alguna delicia vegetariana, no hacen como esos que te ofrecen un plato que no es más que guarnición. No cabe duda de que él es bienvenido, pero le resulta difícil relacionarse con mi familia. Mis padres son tan normales que dice que no sabe ni cómo tiene que actuar.

A veces tardo más de lo esperado porque simplemente me quedo charlando o viendo alguna peli con ellos. Pero entonces a él no le sienta bien, porque mientras tanto él está sentado en casa esperándome. No entiende por qué aún soy tan dependiente de mis padres: «¿Cuándo vas a abandonar el nido de verdad? ¿Cuándo voy a ser yo tu familia?».

EN BUSCA DEL TESORO

A menudo, cuando voy a casa de alguien, echo un vistazo dentro del armario de su cuarto de baño. No me pongo a hurgar, simplemente abro y me fijo en el contenido y en cómo está organizado. Llevo haciéndolo desde que era pequeña. Por aquel entonces husmeaba varias veces a la semana en todos los armarios altos que había en mi casa en busca de tesoros, como regalos de Navidad o de cumpleaños, chocolate fondant o monedas sueltas para comprar gominolas. La chica que es propietaria del piso que estamos alquilando sacó casi todos sus bártulos antes de que nos mudásemos. Excepto en la cocina, donde llenó hasta los topes una de las alacenas de abajo con todo tipo de cosas que quiso guardar.

Desde que nos mudamos, me picaba la curiosidad por examinar qué tenía allí dentro. Un día, estando sola en casa, empecé a sacar de la alacena una cosa tras otra. Resultó que no era un armario muy emocionante, estaba lleno de platos, materiales de manualidades y herramientas. En la caja de herramientas encontré un sobre que tintineaba. Estaba lleno de láminas blancas, cogí una y vi que era un metal envuelto en papel satinado. Se trataba de una hoja de afeitar de las de verdad, nunca había tenido en mis manos una cosa de esas antes, no pesaba nada y tenía un agujero con forma de reloj de arena en el centro.

Volví a poner las cosas dentro de la alacena, ordenándolo todo exactamente como antes. O casi todo: la cuchilla de afeitar que había abierto la escondí en el baño. Desde que nos mudamos no me he cortado nunca, pero me gusta saber que la tengo ahí, digamos que por seguridad.

COMPROMISO II

Cuando empezábamos a salir juntos yo era de ideas muy claras. Tenía todo tipo de principios y opiniones sobre la vida en pareja. No estaba bien mearle encima a alguien a quien se quiere bien, no se podía andar follando por ahí y aun así tener a alguien (en casa) colgando del anzuelo. El sexo anal me parecía una guarrada, no me gustaba chuparla y cuando declaraba que no haría esto o lo otro era como si a él le entraran más ganas. Después de empezar a vivir juntos, me dijo que ya sabía desde el principio que iba a conseguir cambiarme de bando, que me haría de los suyos.

DEPRESIÓN ATMOSFÉRICA

La niebla se ha posado en mi frente. Mi cuerpo está aletargado y entumecido, una mosca doméstica ha aterrizado en mi rostro y no tengo ni fuerzas para apartarla. Los párpados se hacen pesados, sucumben bajo la presión. Siento ganas de dormir durante cien años y olvidarme de mí misma.

ALQUIMIA

Nos turnamos para cocinar. No obstante, yo lo hago más a menudo porque él lo deja todo hecho una pocilga. Manchas de comida por todas partes y el fregadero abarrotado de cacerolas, tablas de picar y utensilios sucios. Un día, yo le había dicho que iba a preparar un puchero africano, incluso había puesto las habas en remojo la noche anterior. Pero cuando llegó la tarde, ya no tenía ganas, había estado en la cama todo el día y sólo quería continuar escondiéndome del mundo.

Él llegó a casa y se enfadó al ver a aquella medusa inútil que yacía varada en las sábanas. «Habías dicho que ibas a cocinar, ¡llevo todo el día ilusionado por probar ese plato!» Me echó la bronca diciéndome que aquello era típico de mí, que yo nunca cumplía nada, que nunca acababa nada, que siempre era así. Entonces me arrastré hasta la cocina y me encerré. Mientras picaba la verdura, iba soltando maldiciones, y luego, mientras la echaba en aquella jodida olla, me puse a llorar. Cociné con mucho ruido y violencia, casi lanzo los platos a la mesa, no esperé a que el agua del grifo se enfriase antes de llenar la jarra y grité «¡A comer!» cuando los boniatos estaban aún medio duros.

Mientras tanto, él había estado con el ordenata en el salón y ni se inmutó por la cencerrada y el barullo que yo metía. Entró en la cocina, se sentó a la mesa y se sirvió su ración en el plato. Yo lo observaba mientras cogía la verdura y las habas con el tenedor, soplaba sobre él y se lo metía en la boca. Masticó, hizo una mueca, cogió papel de cocina y escupió en él. Sin decir una palabra, se levantó de la mesa, fue a coger una manzana y volvió al salón, donde siguió con el portátil.

COMPRENSIÓN

Es reservado. No puedo meterme en su ordenador. Pero sé que se comunica con gente, más que nada con otras muchachas, y que no quiere que me inmiscuya. Trabaja para una organización humanitaria dos tardes a la semana y una vez tardó mucho en salir de casa. Había perdido la noción del tiempo con el portátil y luego tuvo que salir con prisa. Yo estaba sola en el piso y, sin comerlo ni beberlo, tenía allí aquel ordenador prohibido, abierto de par en par, en la mesa de centro. Durante un microsegundo, pensé que sería mejor confiar en él y lo dejé estar, pero cuando me quise dar cuenta, ya me había sentado delante del portátil y había empezado a fisgonear.

Esto pasó en febrero, los días eran oscuros, las luces del salón estaban apagadas y el resplandor gris azulado de la pantalla era frío. Pude ver que él había estado flirteando y chateando de forma soez con otras chicas mientras estábamos juntos. Pero la Pelirroja sobresalía con diferencia. Él le echaba flores por lo guapa e inteligente que era, aludía al sexo que habían tenido y a menudo le proponía citas para quedar. Leí sus mensajes una y otra vez, estuve encuadrándolos nuestra relación. Había estado hablando guarradas con ella mientras yo le hacía galletas o estaba en casa estudiando o en el váter. Le decía una y otra vez lo mucho que la quería. Calculé que la noche en la que me había dicho por primera vez que me amaba, también se había encontrado con ella más tarde en el Kaffibarinn; a ella le había dicho lo mismo y luego se la folló. Si ella no hubiese tenido novio, seguro que sería a ella a quien habría invitado a vivir en Válastígur.

CORROSIÓN

Soy una imbécil de campeonato. ¿Acaso mi fracaso no conoce límites? Pensaba que simplemente debía esperar hasta ser lo suficientemente buena. Que entonces él se daría cuenta. Pero sólo ve a través de mí. Yo no existo.

PELIRROJA

Estaba tirada en el sofá llorando sin control. Me retorcía y temblaba entre sollozos, quedé atrapada en un espasmo paralizador hasta que perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, era como si estuviese en un trance, sabía lo que tenía que hacer. Fui hasta el baño y cerré la puerta. Fui a buscar la hoja de afeitar que había escondido encima del armario. Me senté de cuclillas en la ducha y clavé la hoja a fondo en la muñeca izquierda haciendo una incisión decidida y perpendicular. Lo veía todo borroso pero volví a cortar otra vez y otra vez, y observaba cómo brotaba la sangre de las heridas. Me embadurné el pelo con la hemorragia, grité y lloré; cuando él llegase a casa esa noche, yo también sería pelirroja. También me hice cortes en la muñeca derecha, cuatro incisiones, pero en cierto modo eran más superficiales y menos decididas. Luego me acurruqué en el plato de la ducha y lloré hasta que perdí el conocimiento.

UNA CAPULETO

Me sentía como si estuviese dentro de un submarino a cientos de metros de profundidad, pero desde el abismo oí cómo abría la puerta de fuera. Mierda, acaso no voy a hacer nunca nada del derecho, ni siquiera soy capaz de quitarme la vida como una persona normal. Lo oí llamarme, y sus pasos cuando entró en el salón y vio el portátil que yo había dejado en el suelo. Oí cómo lo abría, el tamborilear de los dedos en el teclado, y la comprensión de que yo me había enterado. «Mierda… Lilja, ¿estás aquí?»

Yo no tenía ganas de responder, me quedé acostada y en silencio. No estaba completamente segura de si sería capaz de hablar, tenía la garganta seca y dolorida y había perdido las fuerzas hasta tal punto que no creía que pudiese emitir un sonido aunque quisiese. Oí cómo deambulaba por el piso, fue al dormitorio, luego volvió al salón, a la cocina y al final entró en el baño. Fingí estar inconsciente y él se arrodilló a mi lado, me abrazó y se echó a llorar. Cogió mi muñeca y dijo una y otra vez: «¿Pero qué has hecho?» Sin embargo, no es idiota y vio perfectamente que yo no estaba muerta. Me sacudió hasta que musité una respuesta. No podía mirarlo a la cara, no tenía palabras para lo que acababa de intentar hacer.

VERGÜENZA

Encontró una gasa y me vendó las muñecas con ella, me puso su abrigo enorme y llamó a un taxi. El conductor me estuvo mirando por el retrovisor todo el camino al hospital. «No va a ponerse a vomitar, ¿no?»

«No, no, no le pasa nada de eso», respondió él abatido, y se acercó de nuevo y me cogió de la mano.

En Urgencias, me recibió una mujer detrás de un mostrador cerrado de cristal. Le di mis datos más importantes, nombre, número de identificación, domicilio. Pero cuando me preguntó por el motivo de mi visita, dudé. «¿Tengo que decirlo?», pregunté, evasiva. «¿No puede atenderme un médico sin más?»

«Tienes que decirme lo que te pasa para que te pueda poner en la lista.»

Miré a mi alrededor y vi que la sala de espera estaba llena de gente pálida que parecía llevar esperando allí toda la tarde. Al final reuní fuerza de voluntad y le dije a media voz: «He tenido un accidente.»

La mujer del mostrador apretó los labios. «¿Qué tipo de accidente?»

Me remangué las mangas del abrigo y le enseñé los vendajes arrugados y ensangrentados.

«Claro, siéntate allí, el doctor te llamará dentro de un rato.»

Nos sentamos en unas sillas de cuero sintético azul, los reposabrazos se me clavaban en el costado mientras me acurrucaba a su lado. Él era mi amparo contra la iluminación de neón y las miradas de la gente lesionada de la sala de espera. «¿No podemos volver a casa? No tengo ganas de estar aquí», le susurré.

«Tienes que dejar que te vean esas heridas, luego volvemos derechitos para casa», me dijo, y me apretó con más fuerza.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando un médico joven me llamó. Miré a toda aquella gente que esperaba y no entendí bien por qué me habían adelantado en la lista. El Joven nos condujo a una consulta. Una vez dentro, a mí me pidió que me pusiese en la camilla y a él le indicó que se sentase en una esquina. Su aspecto resultaba muy retraído, sentado allí y mirando para el linóleo verde del suelo.

El Joven me sacó las vendas de la muñeca derecha y dijo, tranquilamente: «Lilja, ¿podrías decirme qué ha sucedido?»

Yo esquivé la mirada, no era capaz de responder. ¿Acaso no era obvio? ¿Por qué tenía que soportar preguntas tan estúpidas?

«Tienes que contarme lo que ha sucedido», continuó él pausadamente.

Rompí a llorar descontroladamente, me sacudía y temblaba y esperaba que a lo mejor con eso no tendría que responder a nada. El Joven se giró hacia él.

«¿Sabes qué ha pasado?»

Él se echó las manos a la cara, se secó las lágrimas que también corrían por sus mejillas, llevó la palma de la mano a la boca y dijo en bajo: «Me la encontré así, cuando se hizo eso, yo estaba en el trabajo.»

El Joven examinó las heridas. Había personal entrando y saliendo constantemente, hablaba con ellos en voz baja, y luego vino una enfermera que obviamente se disponía a ayudarle. Ella y el Joven se susurraban el uno al otro, luego él se volvió hacia mí y me dijo, con más determinación: «Lilja, tienes que contarme cómo te has hecho esas heridas.»

Yo sentía vergüenza. ¿Por qué no había sido capaz de matarme como dios manda? Entonces no habría tenido que soportar aquel interrogatorio de mierda. No podía decirles nada, ya no me quedaban palabras ni fuerzas para describir lo que había sucedido. El Joven seguía insistiendo en busca de una respuesta hasta que yo me sacudí aquella afasia y le dije: «Me caí en la ducha.»

El Joven y la enfermera se miraron. Yo esperaba que me echasen la bronca por mentirles tan descaradamente. Pero el Joven me contestó, ponderado: «¿Y sobre qué te caíste? Tengo que saber cómo se te formaron las heridas para evaluar el riesgo de infección.»

«Una hoja de afeitar», respondí avergonzada.

El Joven inspeccionó los cortes, pero se contentó con aquella respuesta y empezó a coserme las muñecas.

BONDAD

Me dieron el alta por la mañana, con costuras y vendas que me picaban y que no podían mojarse. No teníamos dinero para pillar un taxi de vuelta a casa, así que nos dirigíamos a una parada de bus cuando un radical que yo conocía de una cafetería ecológica se nos acercó. Trabajaba de enfermero en Urgencias pero, afortunadamente, no lo había visto entre la multitud que pasó por mi habitación. El Radical dijo que acababa de terminar su turno y nos ofreció llevarnos a casa. Yo me acurruqué en los asientos de atrás como un zurullo carcomido por la culpa mientras los chicos charlaban despreocupadamente de esto y de lo otro de camino al centro de la ciudad. Pocas veces (en mi vida) me he sentido tan agradecida por un favor como por ese viaje.

MADRIGUERA

No salí de casa durante muchos días. Me quedaba acostada en la cama, compadeciéndome de mí misma. No respondía al teléfono, hacía pellas en la universidad y le pedí a él que llamase a mi trabajo para decir que estaba enferma. Él intentaba que comiese, pero yo no tenía apetito. Me preocupaba que todo hubiese acabado entre nosotros. Me había vuelto demasiado chalada y me asustaba que ahora nuestro acuerdo se hubiese roto. Pero él fue cariñoso, se quedó a mi lado en la cama, abrazándome. Me repitió una y otra vez lo mucho que me amaba y que quería cuidar de mí. Me pidió que no les dijese nada a mis padres de la tentativa de suicidio, tenía miedo de que nos intentasen separar.

MAGMA

Consiguió sacarme de la cama y arrastrarme al salón, nos sentamos e íbamos a ponernos a ver una peli en su ordenata. Yo me fijé en una pestaña que parpadeaba. Allí estaba el nombre de ella. La Pelirroja todavía seguía hablando con él. La furia me arrancó del letargo. «¿Aún estás hablando con esa zorra? ¿Pero qué coño te pasa?» Le puse mis muñecas vendadas delante de sus narices y le grité: «Todo esto es culpa tuya, mamón asqueroso. ¡Te odio!»

Él protestó y dijo que hacía mucho tiempo que había dejado de hablar con ella pero que siempre estaba contactando con él. «Yo sólo quiero estar contigo, intenta calmarte, puedes ver lo que me está diciendo…»

Yo no tenía ningún interés en seguir investigando más la comunicación de ellos dos, pero tampoco en aflojar el agarre de mi legítima ira. Le salté encima y comencé a pegarle y a arañarlo, lo cogí por el cuello y le clavé las uñas en la garganta. Él me pedía que parase e intentó contenerme. Pero yo peleaba como una bestia salvaje, le mordí y le di patadas. Al final, me apartó de encima y caí con un golpe contundente en el suelo. Allí me quedé, tirada, encogida y llorando hasta que me levantó como a una niña pequeña y me llevó de vuelta a la cama.

DE EXCURSIÓN

Cuando mi madre me llamó por enésima vez, por fin le respondí. Me preguntó si me encontraba bien. Fingí estar enferma, pero le dije que me estaba recuperando. «Qué bien», me respondió, contenta. «Justo ando por tu barrio, ¿ya te había comentado que tu padre y yo vamos a comprar cortinas nuevas? ¿Te apetece venir a echarles un ojo a las telas?» No esperó una respuesta, sino que añadió: «Llego ahí en un cuarto de hora, estate preparada.»

Me sacudí el edredón de encima, me puse la ropa y me arrastré hasta el baño. Me cepillé el musgo de los dientes y me mojé la cara con agua para espabilarme. En el espejo pude ver la pinta desastrada y repugnante que tenía. Estaba tan pálida que las ojeras se veían de un negro violáceo. La verdad es que no entendía por qué tenía semejantes ojeras, no había hecho nada más que dormir en los últimos días. Me enrosqué el pelo en un moño y empolvé aquella oscuridad bajo los ojos.

DECEPCIÓN

«Qué mala pinta tienes, ¿todavía sigues con fiebre?», me preguntó mi madre cuando me dejé caer pesadamente en el asiento del copiloto.

«No, no, creo que ya me encuentro mejor», le contesté mientras encendía la radio. Aunque apenas pasasen de las cuatro, ya había oscurecido. Mientras el coche malamente se escabullía entre el tráfico más pesado, mi madre me contó con pelos y señales un drama de las amigas de mi hermana Gunna. Una de ellas había empezado a mantener relaciones sexuales y les había mostrado a Gunna y a las otras chicas unas bragas manchadas de sangre como prueba fidedigna.

«No tienen más que doce años, no está bien, ¿no te parece?», me preguntó mamá, pero continuó antes de que yo respondiese nada. «Además, Gunna ya ha perdido todo el interés por el piano, tenemos que estar presionándola para que practique en casa.» Siguió hablando y hablando mientras avanzábamos lentamente hacia el área comercial de Skeifan. Me apoyé contra la gélida ventana y miraba los tupidos copos de nieve que desaparecían en el aguanieve gris que despedían las ruedas del coche.

Mamá aparcó delante de la tienda de diseño Epal y se preparó para salir. Me sentía como si no me pudiese mover. La última cosa para la que podía hacer un esfuerzo era entrar en aquella tienda tan esnob.

«Bueno», dijo mi madre, animada, cuando vio que yo todavía no me había desabrochado el cinturón. Yo tenía semejante nudo en la garganta que no conseguía hablar. Cuando me encontré con la mirada tierna de mamá, rompí a llorar como una magdalena. Ella se sorprendió de aquella reacción, porque a duras penas me daba para lamentarme entre sollozos: «No… no me encuentro… bien del todo…»

Mamá se estiró por encima de la palanca de cambio, me dio un abrazo e intentó consolarme. Yo sentía que no me merecía que fuese tan buena conmigo, teniendo en cuenta lo egocéntrica que había sido. Mi madre me preguntó, con un tono tranquilizador: «¿Qué te pasa, cariño?»

No podía decirle lo que había sucedido, no podía hablar del asunto, de hecho, había prometido no mencionarlo, pero, con reticencia, me remangué y le mostré las vendas.

Mi madre jadeó, luego, con voz entrecortada, dijo, en un tono abatido: «Mi niña.» Me abrazó más fuerte y lloramos las dos en el parking mientras el tráfico de la tarde seguía zumbando a nuestro alrededor.

ASÍ ESTÁN LAS COSAS

No lo voy a dejar. No quiero volver a casa de mis padres, ahora es él quien cuida de mí.

POR EL MUNDO EXTERIOR

Mi madre me reservó una cita con un psiquiatra. La consulta está en las galerías de Kringlan. Cuando me lo dijo, le respondí que me parecía muy apropiado que los centros comerciales ofreciesen consumismo desenfrenado a la par que ayuda psicológica, pero mamá no pilló del todo la ironía. Él cogió el bus conmigo hasta allí. Mientras recorríamos las lustrosas baldosas del templo de Mammón, me atrapó el sigiloso miedo de que a lo mejor nos íbamos a topar con la Pelirroja. A lo mejor nos iba a ver juntos y pensaría que yo aún no sabía nada y que era una niña atontada que todavía creía en serio que tenía un novio maravilloso.

CONSULTA I

El psiquiatra sacó una hoja de papel enorme y se puso a hacer anotaciones rápidas aquí y allá por toda aquella superficie en blanco mientras yo hablaba con él. Le dije que había intentado matarme. Que amaba a un hombre que picaba en más de una flor, pero que ahora todo iba mejor. Contesté a las preguntas lo más honestamente que pude: Sí, lloro mucho. No, no salgo mucho de casa. No, no tengo pensado volver a hacerlo de nuevo. El psiquiatra me llamó «querida» y «cariño», me resulta insoportable que un hombre desconocido lo haga, pero no se lo dije, soy educada.

Cuando ya había avanzado la conversación, le pregunté al psiquiatra cosas que no me había atrevido a comentar con nadie, pero él es un profesional y no le está permitido contarle a nadie la duda que me corroía por dentro y que yo había sacado a relucir: «¿Puedo seguir con él a pesar de que me haya puesto los cuernos?»

El psiquiatra hizo una pausa larga y dramática, entrelazó sus dedos como salchichas bajo el mentón y luego dijo, meditabundo: «La ruptura de la confianza es notablemente común en las relaciones. Todo depende de lo bien que le vaya al paciente trabajando con esos traumas. Pero ten claro que siempre podrás elegir: ¿Quieres intentar perdonarlo y continuar con él? Si no estás segura de hacerlo, la única opción es cortar por lo sano.»

«Quiero seguir con él. Por supuesto», le respondí, contenta.

Al final de la consulta, me prescribió unas píldoras que quería que empezase a tomar inmediatamente, aquel mismo día.

NIVEL CERO

Las píldoras me aplanan. Me convierten en una crepe de piel flotando en un lago, no me hundo, sólo ondulo un poco en la superficie. Estoy completamente desconectada de la vida en la tierra, cosa que no está mal. El tiempo es agua y los días y las semanas pasan, fluyendo.

CONSULTA II

El psiquiatra ha mencionado que me estoy quedando en los huesos y me ha preguntado si había perdido apetito. Yo me encogí de hombros. «Puede ser, no sé», le contesté.

Ésta es otra de las virtudes de la medicación, no tengo ningunas ganas de comer, ya estoy delgada de verdad.

DESEO

No tengo ganas de nada, ni comida, ni diversión, ni sexo. Aun así, nos acostamos juntos. Para él, el sexo es un cierto baremo de lo bien que marcha una relación. El principio del final, por lo general, es cuando la gente deja de practicar sexo. Nosotros follamos mucho, varias veces al día.

El sexo se ha convertido en una tarea del hogar, no muy diferente a lavar los platos, hay que ocuparse de ella para evitar que no termine todo patas arriba. No le he dicho lo que me fastidia ya no sentir nada. No quiero que piense que es malo en la cama. No lo es en absoluto. Sin embargo, el sexo se ha vuelto más duro, quiero que me dé caña para arrancarme del sopor. Me azota en las nalgas, me clava las uñas en la piel, me tira del pelo mientras me la mete por detrás. Si me mira cara a cara mientras follamos, le pido que me agarre del cuello, que apriete las vías respiratorias y a veces espero que se le vaya la mano en el frenesí del juego y que me estrangule. Pero sólo así, sin querer, de modo que luego se sienta destrozado y llame por teléfono a mis padres para pedirles disculpas por haber matado a su hija a polvos. Le estaría bien merecido.

MESA FRÍA

Tengo la misma pesadilla noche tras noche: estoy en una fiesta de cóctel, rodeada de gente guapa y bien vestida. Una luminosidad centelleante inunda la sala, reflejándose en las copas de cristal y en las joyas de las mujeres. Todos ríen con despreocupación y brindan con champán. En mitad de aquel espacio, justo bajo una lámpara colosal de cristal, hay una suntuosa mesa bufé. Veo colocados fruta, bayas y manjares coloridos. En medio de la mesa está acostada una muchacha delgada y desnuda. Está despierta pero con la mirada inmóvil y se la ve completamente desconectada. Delante de ella han dispuesto ordenadamente un set de cuchillos muy afilados, no muy diferentes de los bisturís que se usan en los quirófanos. Una mujer elegantísima de mediana edad con un vestido largo de color esmeralda da unos golpecitos en su copa e invita a los asistentes a que empiecen a comer. Entonces, todo el mundo se acerca a la muchacha y le corta tiras finitas y rosadas de su carne. Yo también me acerco a la muchacha, la pellizco, pero como no reacciona, le corto un trocito de su costado y degusto su carne fría y salada.

Cuando los invitados empiezan a marcharse, la mujer del vestido está apesadumbrada por lo mucho que sobra, y me pide que por favor me lleve algo a casa. Sigo a esta mujer hasta la cocina y allí está la muchacha, pálida como un cadáver, envuelta en film transparente. La cojo en brazos y me la llevo hasta el coche, me resulta cruel meterla en el maletero, así que la amarro al asiento del copiloto. Cuando pongo en marcha el coche, la muchacha se echa a temblar, como aterida. Es como si volviese a la vida, y se pone a respirar de un modo acelerado e irregular. La llevo a casa, la envuelvo en una manta e intento hablar con ella. No comprende nada, no hace más que estremecerse mientras suena, en su respiración, el estertor final.

No soy capaz de salvarla, no consigo aliviar su sufrimiento, también soy culpable. Sé que no le queda mucho de vida, intento ofrecerle comida, hacer algo bueno por ella, pero sé que ya es demasiado tarde.

ABSOLUCIÓN

He estado trabajando en perdonarlo. Ya lo conseguiré, además, es tan guapo que resulta difícil guardarle rencor. De hecho, me parece más difícil perdonarme a mí misma por ser una imbécil y una débil mental. Por no haber tenido más sentido común, por no haberme largado antes, por dejar que esto llegase a tal extremo.

EQUILIBRIO

Siempre he tratado de ser buena persona, y estoy bastante segura de que solía serlo. Pero estos días no tengo nada que ofrecer, nada que decir. Estoy aquí, pero me encuentro completamente perdida. Mis padres me enseñaron que la paciencia, la empatía y el trabajo duro eran la clave de una vida feliz. Si trataba a la gente con amabilidad, todo saldría bien. No obstante, ahora descubro que he acabado en una bancarrota emocional, he dado mucho más de lo que tenía al empezar.

TRISTEZA DE FARMACIA

No se ha solucionado nada, la medicación es como una tirita en una herida abierta. A la mínima, se abre de nuevo, brotan grumos de sangre y pus y el único remedio parece ser tomar más fármacos para no sufrir tanto dolor. Me protejo, lo hago a conciencia, me envuelvo en algodón, no quedo con nadie, no hago esfuerzos. Al principio, las pastillas habían secado todas mis provisiones de lágrimas, pero ahora vuelven a salir a mares. Me duelo por mí misma, me duelo por nosotros dos y por la relación que pensaba que íbamos a tener.

BELLA DURMIENTE

Tenía una cita con el médico de cabecera el martes a las once de la mañana para renovar la receta de la píldora anticonceptiva. Había puesto el despertador, pero cuando sonó la alarma no fui capaz de levantarme. No conseguía despertarme, no era capaz de nada. Iba a darle al botón de repetición, pero apagué el aparato sin querer. Cuando por fin me desperté, sobre las dos, vi que me habían llamado de la clínica. Seguramente estaban cabreadísimos conmigo por haberme pasado por el forro su horario de consulta. No voy a poder dejarme ver por allí nunca más. Tengo que agenciarme la píldora de otro modo. Voy a esperar simplemente a la próxima cita con mi psiquiatra; de todos modos, el tipo se muere por recetarme todo lo que se tercie.

OPTIMISMO

Se me han acabado las píldoras anticonceptivas hace una semana, no he tenido problemas para que mi psiquiatra me diese una receta nueva. Las píldoras nuevas ya están en el armario del baño. El doctor me ha dicho que tengo que esperar a mi próximo período antes de poder empezar a tomarlas. No me preocupa este descanso, de hecho, llevo años sospechando que podría ser estéril. Cuando andaba follando por ahí, a menudo era una imprudente y nunca pasó nada.

Él detesta los preservativos, dice que son incómodos y antinaturales. Estoy bastante segura de que nunca ha tenido que usarlos con otras chicas, por lo menos nosotros nunca lo hemos hecho. Por mí, puede seguir corriéndose dentro de mí.

TIEMPO DE SEQUÍA

Yo siempre he sido irregular. Tal vez tenga falta de hierro. Tal vez sea la medicación del psiquiatra. Tal vez yo sea como una bailarina rusa que ha matado de hambre a la mujer que llevaba dentro. No soy aprensiva con la sangre, para nada; que fluya desbordando sus orillas, entre los muslos y atravesándome las bragas.

AUSENCIA

Llevo tanto tiempo guardando silencio sobre el hecho de que tiene dos hijos que la existencia de estos ya se ha convertido en una mentira descomunal. No creo que a mis padres les importe que él sea padre, son cosas que pasan en la vida. Pero estoy bastante segura de que tendrían sus reservas sobre el hecho de que no cuide de ellos. Durante el tiempo que hemos estado juntos, nunca ha quedado con sus hijos, probablemente porque ya es lo suficientemente difícil tener que cuidar de la chalada de su novia.

BAJANDO

Nuestra cama está descendiendo como un ascensor, hundiéndose lentamente en el subsuelo. Toco las paredes de tierra frías y húmedas. La oscuridad se hace más espesa, pero si me concentro y miro directamente hacia arriba, puedo ver a lo lejos el techo del dormitorio. La cama se hunde más y más, no tengo control sobre este mecanismo, no hay botones ni modo alguno de volver a elevarse. La suciedad y los insectos caen lentamente en mi colchón cubriéndolo todo, doy media vuelta en el lodo, hacia mi otro costado, e intento dormir algo más.

SITUACIÓN

A lo mejor este test de embarazo no quiere decir nada. Él dice que si estoy preñada de verdad, tendría que tener al niño, que lo hemos hecho con amor. Dice que me va a ayudar tanto o tan poco como yo quiera. No sé qué creer, él no se preocupa en absoluto por sus otros hijos, pero dice que la historia va a ser diferente en nuestro caso.

CONSULTA III

«¿Consideras que han aumentado las lloreras?», me preguntó el psiquiatra.

«Sí, creo que sí», le contesté mientras me secaba los ojos con la manga del jersey.

«¿Y qué tal te va con él?», me preguntó, recostándose en la silla de su escritorio.

Yo me puse derecha, tragué el nudo que tenía en la garganta y respondí con tanta dignidad como fui capaz: «Pues nos va bien, gracias.»

El psiquiatra hizo un *hmmmm*, soltó un *bueno* y al final dijo: «Sí, pero la cosa no va muy bien con todo este vaivén emocional, querida. Podríamos probar añadiendo otro fármaco que te lo debería equilibrar.» Se giró hacia el ordenador y comenzó a teclear una nueva receta mientras seguía murmurando para sí mismo sobre la calidad y la efectividad de esta nueva medicina.

Entonces me asaltó una duda. «Disculpa, una cosa que estaba pensando, en lo tocante a esto… mira… Creo que a lo mejor estoy embarazada, ¿tendría alguna contraindicación?»

El psiquiatra dejó de darle al teclado, entrecerró los ojos y parecía muy pensativo. «¿Y por qué lo crees?», me preguntó al final.

«Bueno, pues anoche me hice una prueba de embarazo y me dio positiva. No sé, a lo mejor no es más que un error.»

El psiquiatra cogió el teléfono y marcó un número corto: «Buenas, tengo aquí a una paciente a la que quería pedirte que le echases un vistazo… Sí, claro, gracias.» Colgó el aparato, se puso en pie y me pidió que lo acompañase. Salimos de su consulta y entramos en la de al lado, donde nos encontramos con un ginecólogo que obviamente era un buen colega del psiquiatra. Ambos hablaron sobre mi posible embarazo como si yo no estuviese allí. «Dice que se ha hecho un test de embarazo y que le ha dado positivo, pero tengo que saber si es así antes de recetarle Diazepam.»

El ginecólogo era un hombre brioso que contestó despreocupadamente: «Pues echémosle un vistazo, estoy libre hasta las tres.»

CRUCE DE CAMINOS

No hay espacio para nadie más en esta relación, ya tenemos suficiente con nosotros dos. No podemos tener un hijo juntos. Ya malamente podemos estar juntos nosotros dos. No queda mucho para que yo me deshaga por completo con él, para que me desvanezca y me convierta en nada. No sé qué sería mejor hacer. Ya me he alejado demasiado de mí misma como para poder pensar con claridad. Pero sé que la elección está entre ir a abortar y seguir con él o arrancarme del sistema de raíces que nos une y continuar con el embarazo. No puedo elegir ambas cosas. Haga lo que haga, va a ser el fin.

LA VIDA QUE CONTINÚA

Cuando me encontré acostada, desnuda de cintura para abajo, en la camilla del ginecólogo, me pareció espantoso el tiempo que hacía que no me afeitaba las piernas. No me había dado cuenta de lo peludas que se habían vuelto hasta que las vi así apuntaladas en el aire. El ginecólogo me pidió que bajase un poquito más el culo. Luego dijo: «Esto de ahora lo vas a notar frío», y después me metió una especie de pinzas de acero para abrirme la vagina. Luego, le colocó un plástico a una barra metálica gris y, a continuación, me la introdujo lentamente. Examinó la pantalla mientras movía la barra de un lado a otro. «¡Sí!», dijo luego. «¡Aquí está!» Giró la pantalla hacia mí. «Mira, ahí tienes un corazón pequeñito latiendo dentro de ti.»

BIG BANG

En una pantalla negra destella una luz diminuta.
He aquí la estrella en la oscuridad.
Mi otro corazón.

Un corazón minúsculo
que latirá acompasado al mío
y, con suerte, por más tiempo que el mío.